

ENSAYO

EL DESAFIO SOCIALDEMÓCRATA*

Leszek Kolakowski**

En función de los planteamientos formulados por el profesor Kolakowski, se podría llegar a sostener que la socialdemocracia se distingue más por su moderación que por la vehemencia de sus convicciones. De alguna manera asimila las profundas desilusiones políticas de este siglo y la sana desconfianza que inspiran las utopías predicadas por los diversos fundamentalismos ideológicos en boga.

El enfoque del autor reviste especial interés en la medida que sus reflexiones —más allá del pragmatismo que postulan— ofrecen un cuerpo sustantivo de valores y creencias para informar la acción política en estos días.

Al énfasis con que el profesor Kolakowski expone esos valores y creencias no es en absoluto ajena su experiencia intelectual y política en un sistema totalitario que lo obligó al exilio.

Decir que en todo el mundo la socialdemocracia no es sólo un grupo político que expresa las aspiraciones y quejas de los obreros, de los desposeídos y de los oprimidos, sino también una idea de una comunidad humana mejor, no resulta ni conflictivo ni esclarecedor. El problema de la idea socialdemócrata es que no guarda ni vende ninguna de las atrayentes mercancías ideológicas que los movimien-

* Este artículo entrega una versión corregida del discurso pronunciado con ocasión de la convención nacional socialdemócrata de 1978 en los Estados Unidos. Tanto la traducción como la publicación han sido debidamente autorizadas.

** A mediados de los años 50, el profesor Leszek Kolakowski tuvo destacada participación en el movimiento en favor de reformas democráticas en Polonia. En 1956 se valió de los muros de la Universidad de Varsovia para plantear 48 exigencias reformistas a las autoridades polacas y desde entonces actuó como el principal portavoz de esas aspiraciones. En 1968, Gomulka, el jefe del Partido Comunista, lo acusó de ser el "padre espiritual" de la efervescencia estudiantil en Polonia y, acto seguido, fue depuesto de su cátedra en la Universidad de Varsovia bajo el cargo de haberla convertido en "centro de oposición política". Desde entonces, ha enseñado en las universidades de Berkeley, Yale y, actualmente, en Oxford.

tos totalitarios comunistas, fascistas o izquierdistas, ofrecen a la juventud sedienta de sueños.

No posee la solución definitiva de todas las desdichas humanas; no tiene una receta para la salvación total de la humanidad; no puede prometer los fuegos artificiales de la revolución final que resuelva definitivamente todos los conflictos y luchas; no ha inventado ningún dispositivo milagroso que cause la unidad perfecta de los hombres o la fraternidad universal; no cree en el triunfo fácil, definitivo, sobre el mal. No es divertida; es difícil e ingrata, y no sufre de ceguera autoproducida.

Exige comprometerse con varios valores fundamentales: libertad, igualdad de oportunidades, una economía orientada al ser humano y vigilada públicamente, y exige conocimientos sólidos y cálculo racional, a medida que debemos tomar conciencia de las condiciones históricas y económicas en que se han de implantar estos valores, e investigarlas lo más profundamente posible. Tiene la voluntad terca de erosionar poco a poco las condiciones que producen el sufrimiento evitable, la opresión, el hambre, las guerras, el odio racial y nacional, la codicia insaciable y la envidia vengativa, pero está consciente de los estrechos límites dentro de los cuales se lleva a cabo la lucha, límites que imponen el marco natural de la existencia humana, los innumerables accidentes históricos, y las diversas fuerzas que durante siglos han venido conformando las instituciones sociales de hoy.

La idea socialdemócrata reconoce la verdad ineludible de que muchos de los valores que respeta se limitan mutuamente y se pueden implantar solamente mediante compromisos, a menudo dolorosos y torpes. Las instituciones de bienestar y previsión social, los organismos de planificación económica, los instrumentos sociales para el uso más racional de la tierra y los recursos naturales, para evitar el desperdicio y la contaminación, se pueden construir únicamente al costo de una creciente burocracia estatal y de limitaciones impuestas a la autonomía de unidades económicas regionales, más pequeñas. Nadie sabe cómo se ha de evitar este costo; pero el clamor en contra de los gobiernos grandes demuestra que el precio es elevado. Pero la socialdemocracia está dispuesta a defender ambas ideas: la planificación y la autonomía, y tiene razón. Tiene razón mientras mantenga siempre presente que estos dos principios son contrarios y que en ninguna sociedad imaginable se van a implantar cabalmente. Por tanto, no debe prometer medidas que van a traer simultáneamente la eficacia de la fuerte centralización y la libertad de la descentralización.

Es, en realidad, inevitable que se produzcan choques similares entre la mayor parte de los valores que apreciamos. Por mucho que nos espante el espectáculo de catástrofes naturales causadas por el hombre, que ponen en peligro tanto el porvenir de la humanidad como la existencia de aves, peces y árboles, no debemos olvidar que los lemas ecológicos solos, aislados de la complejidad de la vida mo-

derna, pueden contribuir tan poco a las proposiciones racionales de organización económica y reformas políticas, como la idea del crecimiento económico elevada a objetivo supremo o exclusivo. Un nivel de contaminación cero es a todas luces imposible sin la destrucción total de la civilización y por ende de la mayor parte de la raza humana, puesto que la supervivencia de esta última depende en buena medida de la industria. La contaminación es asunto de cálculo racional de riesgos, ganancias y pérdidas. Es cierto que debemos preocuparnos de la supervivencia del hombre primero y de las ballenas después, pero la ideología del culto a la naturaleza es incapaz de recoger el guante de la economía moderna. Asimismo, los lemas ecológicos se pueden explotar, y de hecho se explotan, para manipular a las personas con diversos fines políticos que sólo marginalmente tienen algo que ver con el bienestar de las mariposas, para no hablar del de los seres humanos.

Entre los valores que contiene la idea socialdemócrata, ni siquiera el valor del régimen de la mayoría se puede aceptar como principio absoluto. Hay que limitarlo con el principio de los derechos inalienables de los individuos, que ningún veredicto mayoritario puede revocar. El concepto de democracia sería una parodia de sí mismo si supusiera que todo lo que apoya la mayoría es aceptable, como por ejemplo, que el 51 por ciento de una población actúa democráticamente si decide asesinar al 49 por ciento restante. Si aceptamos el principio incondicional del régimen de mayoría como señal suficiente de democracia, el régimen de Hitler en Alemania, que por un tiempo gozó del apoyo manifiesto de la mayoría, aparecería como democracia modelo, lo mismo que todas las dictaduras populistas o semipopulistas que en un momento decían representar a la mayoría y luego la representaron axiomática e indefinidamente, porque sus críticos fueron asesinados o silenciados. Tenemos que reconocer que el principio del régimen de mayoría debe ser limitado por el principio de los derechos humanos, que ninguna mayoría debe infringir, y que el concepto de derechos humanos es válido independientemente de lo que decreta la mayoría.

El valor de la libertad debe verse como el núcleo de la idea socialdemócrata sencillamente porque sin él todos los demás valores son vacíos e ineficaces. Dicho de otro modo: la socialdemocracia defiende la libertad, tanto porque es un valor en sí misma, el tesoro máspreciado de la vida, como porque es la condición dentro de la cual puede prosperar la mayoría de las demás cosas que defiende. No tiene sentido hablar de igualdad si no hay libertad, pues uno de los bienes más importantes del mundo de hoy es el libre acceso a la información y la participación en el poder, ambos negados a la mayoría en los sistemas despóticos, totalitarios o no. Por tanto, es un puro absurdo decir, por ejemplo, que en Cuba o China "la gente tiene menos libertad, pero más igualdad"; no la tienen, por no hablar de la distribución del bienestar y el acceso a bienes materiales escasos. Afortunadamente para nosotros, las libertades civiles son condi-

ción forzosa de la eficiencia productiva; la esclavitud es eficiente en términos económicos sólo durante las primeras etapas de desarrollo técnico y la esclavitud política levanta un obstáculo enorme a la productividad.

Es de sentido común, y está comprobado abundantemente por la experiencia de los Estados comunistas, que un sistema político qué funciona con tales barreras de información incorporadas, que usa el criterio del servilismo político para promover bases gerenciales, y que no tiene que responder a las necesidades y deseos de la población salvo ante la amenaza de revueltas desesperadas, tiene que estar crónicamente enfermo en materia de producción de riqueza. Una vez que ha concentrado un poder inmenso sin responsabilidad, acumulación de poder superior a todo lo que conoce la historia, la clase gobernante, por su propia situación, genera una mala administración permanente y un enorme desperdicio, y las tentativas de instalar el sistema de planificación que lo abarque todo terminan inevitablemente en el caos generalizado. La clase obrera, adulada en los lemas y sosegada por la maquinaria policial, no tiene ni poder ni motivos morales o económicos para ayudar a la economía enferma; así como el poder político y el económico de la clase explotadora comunista se apoyan recíprocamente, así también lo hace la esclavitud política y económica de la sociedad trabajadora. La ventaja económica de que disfruta esta sociedad consiste en su capacidad para mantener en secreto sus fracasos, al menos algunos de ellos, mediante la emisión de estadísticas falsas o la carencia total de ellas. La mendacidad no es una imperfección accidental en el cuerpo del comunismo; es la condición absoluta de su salud, de su vida, más aun que en las tiranías no totalitarias. Aquí tenemos un régimen al que se supone que lo gobierna una ideología con pretensiones universalistas y con una "meta final", de la cual también deriva su legitimidad; luego, todos los aspectos de la vida y todos los acontecimientos pasados y presentes deben aparecer como elementos de la marcha triunfal hacia esta meta. Un sistema que no quiere dejar fuera de su control ningún campo de la existencia humana, ni aun la memoria humana, se ve obligado a aplicar el inmenso andamiaje de la mentira a todas las formas de expresión y a dar nombres falsos a todo lo que produce.

Con todo, si bien es cierto que entre los valores de la socialdemocracia la libertad es la condicionante de todos los demás, induce a error aplicar el nombre de "libertad" a cualquier cosa que la gente necesite o reclame. El alcance de la libertad se define como la zona dentro de la cual los individuos pueden tomar decisiones como quieran, sin limitaciones legales, y aun cuando está claro que la libertad de decidir no les sirve para nada a aquellos cuyas decisiones las determina de todos modos la falta de poder material, no hay que confundir el grado de poder con el grado de libertad. La libertad está en relación negativa con la ley, no en relación positiva con el poder. Para quienes no pueden darse el lujo de viajar, la libertad de ha-

cer viajes internacionales tiene poco sentido, desde luego; sin embargo, la capacidad material de viajar, por importante que pueda ser, no se deriva de la libertad. Hay muchos reclamos justificables que no se derivan de la libertad y no se debe decir que así se derivan. Por clara conciencia que tengamos acerca de las catástrofes sociales que causa el desempleo en gran escala —desperdicio económico, criminalidad, sufrimiento humano—, el hecho es que el tener empleo es una condición que permite que las personas hagan uso de su libertad de diversas maneras; no es en sí mismo la libertad. No existe el desempleo en los campos de concentración y los campos de concentración no son morada de la libertad; la abolición obligatoria del desempleo mediante los trabajos forzados no merece que se la salute como paso gigantesco en la lucha por la libertad. En resumen, hay muchos reclamos bien justificados que no se deben confundir unos con otros, pues una confusión intencional semejante es uno de los instrumentos ideológicos para glorificar la opresión y la violencia. Otro caso de confusión conceptual en el cual tal vez no hace falta detenerse, ya que recientemente fue objeto de repetidas críticas, es la distinción entre izquierda y derecha. Por supuesto que hoy en día no se encuentran personas partidarias expresamente del antiguo lema stalinista, en el sentido que la medida de "ser de izquierda" estaba dada por la actitud de la persona hacia la Unión Soviética. No obstante, tales etiquetas se usan ampliamente todavía sin que nadie nos entregue criterios inteligibles acerca de cómo se definieron, y llevan consigo la insinuación de que todos los movimientos, ideas y regímenes políticos del mundo forman un continuo en el cual a cada unidad se le puede dar su lugar según la cantidad de elementos "izquierdistas" o "derechistas" que contienen. A varios Estados y movimientos políticos se les llama casi automáticamente "izquierdistas" (o "marxistas") si compran armas soviéticas; a otros se les llama "derechistas" cuando quieren sacudir el yugo extranjero, si toca que este yugo es soviético. Resulta fácil observar la persistencia de antiguos y absurdos clichés en la jerga periodística de todo el mundo.

Por eso a la pregunta: ¿A qué lado está usted, izquierda o derecha?, hay que responder con otra pregunta: ¿Qué quiere decir usted cuando me pregunta si soy de izquierda? ¿Me pregunta si estoy del mismo lado de los guardianes del Gulag e invasores de Checoslovaquia? ¿Si estoy de parte de los policías que hace dos años torturaron salvajemente a cientos de obreros polacos y algunos años antes masacraron a un número todavía desconocido de trabajadores portuarios en los puertos polacos, en venganza cruel por su protesta contra la pobreza creciente? ¿O pregunta usted si estoy del lado de aquellos terroristas alemanes que en un avión secuestrado señalaron a todos los pasajeros de apellido judío para asesinarlos? ¿O del lado de los "libertadores" camboyanos que lograron convertir el país entero en un campo de concentración después de asesinar a todo aquel sospechoso de alfabetismo? La respuesta sólo puede ser: ¡Demo-

nios, no!" No estoy al mismo lado y no tengo ningún deseo de que me digan "de izquierda" si eso significa aplaudir o disculpar la violencia, la opresión, las torturas, la explotación y las invasiones, siempre que los verdugos y explotadores adquieran sus armas de una fuente antinorteamericana, pues ése es el criterio ideológico no expresado.

La conclusión es simple: o bien la distinción ha perdido todo sentido reconocible o bien hay que redefinirla completamente y aplicarla sólo a movimientos y actitudes dentro del segmento democrático del espectro político, con exclusión inequívoca de todos los movimientos terroristas, ideologías totalitarias, regímenes policiales y militares, no importa cómo se llamen.

No existen la tortura reaccionaria y la tortura progresista, el campo de concentración izquierdista o derechista, censura de opresión y censura de liberación. Por esto es que los movimientos antitotalitarios no violentos, en los países dominados por la URSS, van más allá de las categorías izquierda-derecha; sus reclamos se fundan en la idea de los derechos humanos, la que no se puede definir de ninguna manera con términos tomados de esta distinción anacrónica.

Esto nos lleva a la cuestión, tantas veces discutida, de las normas dobles para juzgar los regímenes políticos. No se trata de que debamos hacer demandas quiméricas y exigir que no se apliquen criterios políticos a los actos políticos; lo que se puede exigir, en cambio, es que los criterios políticos no aparezcan disfrazados de normas morales. Las personas que se definen por la llamada tradición de izquierda son, en conjunto, más culpables de recurrir a normas dobles, no porque sean inmorales por naturaleza, sino porque sus reflejos sociales heredados las hacen más hipócritas, porque siempre han empleado términos moralistas, mientras que en muchos países el "establishment" conservador ha fingido mucho menos que se guía por ideales morales y ha reconocido más libremente que lo preocupan asuntos de "real-politik", razones de Estado y comercio.

A los gobiernos que hacen negocios tanto con Chile como con la Unión Soviética no se les puede acusar de usar normas dobles; los moralistas de izquierda que hacen manifestaciones frente a las embajadas de Sudáfrica y de Irán y que creen, al parecer, que Vietnam y Albania rebosan virtudes democráticas, son grotescos. Puede ser obvia la posición de quienes despliegan su indignación moral de acuerdo con sus lealtades políticas, sin embargo, es cierto que nuestra preocupación por la conducta interna de los regímenes de diversos países nace también normalmente de otras consideraciones.

La historia reciente de diversas dictaduras militares en América latina ha sido peor que la de los Estados comunistas europeos en aspectos tan esenciales como la escala de las torturas y de los asesinatos iniciados por el gobierno. En términos de derechos humanos, el juicio está claro. Con todo, una diferencia nada despreciable entre el Uruguay y la Unión Soviética está en que el régimen uruguayo,

por abominable que sea, no plantea una amenaza de expansión mundial apoyada por una máquina militar poderosa. Reconocemos, eso sí —y pienso que es un elemento tradicional del enfoque socialdemócrata— que ningún país del mundo puede sostener que su régimen político, por opresor que sea, está protegido de las miradas de extraños; no, tenemos el derecho y el deber de no dejar tranquilos a los opresores con el pretexto del principio de no intervención. Pero esta disposición a comportarse como intrusos impertinentes debe aplicarse en forma pareja, desde luego. Sin embargo, en el caso del sistema soviético, tenemos otros motivos más para nuestra conducta descortés: al contrario del Uruguay, de Sudáfrica o, si es por eso, de Albania y Cambodia, el régimen interno soviético está evidentemente ligado al hambre nunca satisfecha de nuevos territorios de dominación que padece un Estado imperialista. Es a todas luces indispensable mantener a la propia población en la ignorancia, el temor y el aislamiento, si uno quiere usarla como herramienta inútil e inerte para lograr fines imperialistas; si, por ejemplo, se necesitan soldados que, en el año 1968 como en Checoslovaquia, no sabían en qué país estaban o bien creían que los habían enviado a una Checoslovaquia que había pedido socorro frente a una inminente invasión de fascistas alemanes. En el mundo de hoy el régimen interno soviético es probablemente el elemento aislado más potente capaz de desencadenar una guerra universal (lo que no quiere decir que tal sea la intención efectiva de sus gobernantes).

Por eso es que nosotros, los pueblos de las llanuras más bien exóticas de Europa central y oriental, sí pensamos que al exponer y oponernos al despotismo soviético, defendemos no sólo el interés regional de tierras incorporadas a la fuerza a un imperio rapaz, como consecuencia del acuerdo de Yalta, sino también un orden mundial mejor y más seguro. Los europeos orientales bien saben que Estados Unidos no posee ningún artefacto milagroso capaz de imponer cambios a los regímenes opresores e invertir de inmediato la situación de los países que fueron privados de su independencia nacional y de sus instituciones democráticas. Lo que ellos esperan de los Estados Unidos no son milagros sino una idea estratégica coherente. "Idea estratégica" no significa de ningún modo planificación bélica. Significa una política de largo plazo que persiga el orden mundial sin el riesgo de la guerra mundial, y esto, reconocidamente, significa desgastar el expansionismo más agresivo, alentar por todos los medios no violentos la diversidad y la variedad dentro de las dependencias soviéticas, abrir el acceso a la verdad a los pueblos arrojados a la esclavitud espiritual. No a pesar sino a causa del hecho de que la cuestión de cómo evitar el peligro de una guerra mundial y cómo elaborar un plan de desarme funcional tienen que gozar de prioridad incondicional; es de máxima importancia que los países democráticos ejerzan una presión pacífica, pero firme e incesante, para adelantar la desintegración paulatina y no explosiva de los regímenes totalitarios.

Que tantos asuntos locales adquieran casi automáticamente significado mundial es un hecho que no podemos eludir y Estados Unidos es incapaz de sacudir la responsabilidad por el orden mundial que ha ayudado a formar durante muchos decenios. La tendencia a escapar se expresa a veces en lemas como el de que "la lucha por la democracia comienza por casa". Dichos lemas podrían estar bien en cuanto expresan sencillamente la regla trivial de que no se deben usar los asuntos de política exterior como pretexto para descuidar o descartar un orden interno justo y democrático. Recordemos, sin embargo, que durante la segunda guerra mundial se lanzó el mismo lema para explicar por qué Estados Unidos no debía entrar en la guerra; en aquella época el lema quería decir: que Hitler devore a toda Europa, el nazismo y Europa no son asunto nuestro. No importa lo que haya detrás de estos lemas: la miopía permanente y al parecer incurable de las grandes empresas o las inhibiciones izquierdistas anticuadas de los grupos liberales; decir que puesto que nosotros mismos no somos santos debemos olvidar la opresión en el extranjero, equivale a decir olvidemos la opresión. Bien, si la socialdemocracia tiene algún sentido, es precisamente el de no olvidarla.

Yo soy de los que no ven ninguna razón para dar crédito a los profetas que pregonan la decadencia de la civilización occidental, la ruina de las instituciones democráticas y el retorno triunfante de la barbarie, pero que sí piensan que la recesión que nos amenaza es espiritual y no económica; en otras palabras, que las raíces del desorden que hay en las sociedades abiertas opulentas están en nuestra mente y no en el precio del petróleo. El deterioro mundial de los sistemas educacionales y la incertidumbre acerca de su función son síntomas particularmente notorios de este desorden. Ciertos aspectos de esta confusión se pueden explicar con nuestra incapacidad para encarar cambios que son, por lo demás, evidentemente positivos: el crecimiento sobrecogedor del conocimiento y la rápida extensión de la enseñanza. No obstante, hay motivos para sospechar que se trata de algo mucho más grande: la falta de confianza entre las generaciones mayores respecto de las normas intelectuales y morales que heredamos y, en consecuencia, la pérdida de una voluntad fuerte que transmita esas normas a nuestros sucesores.

Podría parecer impertinente que alguien como yo, que soy sólo un observador superficial y accidental de la escena norteamericana, haga comentarios al respecto, pero se notan tendencias similares, más o menos avanzadas, en muchas zonas muy desarrolladas del mundo. Cuando tuve oportunidad, por primera vez, de pasar una temporada más larga en los Estados Unidos, a fines de los años 60, lo que me impresionó en la discusión, entonces frecuente, acerca de la función social de la escuela, fue que no había nada seguro salvo una cosa: al parecer lo que las escuelas debían hacer era no dar a los alumnos conocimientos y aptitudes intelectuales. A propósito, este desprecio absoluto por el conocimiento y las capacidades lógicas,

por todo lo que se puede adquirir únicamente con esfuerzo largo y disciplinado, y que no se puede convertir en entretenición, a esto se le llamaba, grotescamente, "liberalismo", como si el liberalismo consistiera en una ignorancia satisfecha de sí misma o si reflejara concretamente la ideología de niños consentidos de clase media alta. Es consolador, sin embargo, que hoy en día se escuchen cada vez más voces de personas que han llegado a la conclusión de que aquella teoría anticuada que decía que la tarea de las escuelas era enseñar no era completamente ridícula después de todo.

Pero las raíces claramente llegan más allá. Hay acuerdo, aparentemente, en que el proceso de automutilación espiritual de la juventud que presenciamos en los años 60 no ha terminado, aun cuando sus formas hayan cambiado, y que tuvo su origen en el derrumbe del sistema de valores que los jóvenes habían heredado de nosotros. Uno no puede hallar satisfacción en el hecho de que ulteriormente este derrumbe encontró salidas pueriles, ridículas o a veces bárbaras, o que su expresión política fue el patético cuento de la Nueva Izquierda que no tenía ni soluciones ni alternativas que ofrecer. Debajo de la basura ideológica había una desesperación real; las drogas, el falso misticismo y las ensoñaciones revolucionarias eran los tres seudoremedios principales para una enfermedad auténtica que no se puede descartar simplemente señalando la ineficacia de los medicamentos; eran tres maneras de escapar de un mundo en el cual los jóvenes sentían que ya no tenían cabida.

Por cierto que ningún partido o movimiento político puede pretender que ha encontrado una buena terapia para el vacío moral; no se pueden imponer a la gente ideales contruidos artificialmente ni espejismos; en último término, las nuevas generaciones tienen que buscar maneras de redescubrir formas de vida que tengan sentido. Los movimientos políticos, salvo los totalitarios, tampoco son capaces de ofrecer soluciones para preocupaciones metafísicas y religiosas; no debían tratar de ampliar sus ideas hasta formar con ellas un panorama mundial que lo abarque todo, con catecismos ya hechos. No obstante, no deben eludir las preguntas sobre qué fue lo que anduvo mal, qué le pasó al conjunto de valores con los cuales nos educamos, por qué tantas personas no encuentran en estos ideales apoyo para la vida, por qué no están dispuestas a morir por ellos. Las respuestas no estarán tal vez fuera de nuestro alcance si estamos dispuestos a encarar todos los aspectos de la cuestión. Podría resultar que, después de todo, nuestros valores tradicionales, en su mayoría, no están ni muertos ni obsoletos, aun cuando hayan estado, probablemente, muy mal ordenados; y que hay posibilidades viables al margen de las opciones de retirarse del mundo, hacer dormir a la razón, o hundirse en la desesperanza (tres aspectos de cada uno de los falsos remedios que mencioné recién).

Debemos reconocer que no tenemos la receta para el mundo perfecto, ni conocemos el secreto de la felicidad ni la clave del enig-

ma del universo, y aun así quizá podamos mostrar cosas y metas más modestas que puedan dar sentido a la vida. En el mundo tal como es, lleno de miseria, hambre y opresión, esto al menos aparece claro: que ni los dispositivos técnicos solos ni las medidas políticas solas bastan para despertar la esperanza de un orden pacífico y más equitativo. Algo más hace falta que no puede ser un subproducto de adelantos institucionales y técnicos: la reorientación de las actitudes y valores tanto individuales como colectivos. Reconozco que esta es una generalidad que todavía no trae consigo proposiciones bien definidas ni realizables. Pero esta generalidad basta para plantear un desafío permanente a la socialdemocracia si ésta quiere ser digna de su mejor tradición y de su propio nombre.